

## CAPÍTULO VIII

Cuál era la diplomacia del gobernador  
del castillo de San Telmo

Según había previsto Nicolino Caracciolo, la dama tapada era la marquesa de San Clemente.

Aun á riesgo de perder el favor de que gozaba en la corte y su posición cerca de la reina, la cual no le había dicho ni una palabra de lo ocurrido ni menos se había dado por entendida con ella, la marquesa había solicitado varias veces ver á Nicolino.

Pero Roberto Brandi había permanecido inflexible : ni las súplicas, ni el ofrecimiento de mil ducados que le hiciera la enamorada joven, habían conseguido conmoverle.

Y no porque Brandi fuese un modelo de gobernadores honrados é incorruptibles, lejos de eso. Pero era bastante fuerte en aritmética para calcular que no debe uno exponerse á perder por mil duca-

dos un destino que produce diez ó doce mil anuales.

Aunque el tratamiento del gobernador del castillo de San Telmo no era en realidad más que de mil y quinientos ducados al año, como tenía á su cargo la manutención de los presos y como las prisiones aumentaban de día en día, gracias al sistema de terror planteado por la reina, el buen gobernador sacaba un año con otro, entre provechos y sueldo fijo, una suma de cuarenta ó cincuenta mil francos.

Esto explica la integridad de Roberto Brandi. Cuando supo las noticias del 9 de Diciembre, esto es, el regreso del rey, la derrota de los napolitanos y la aproximación del ejército francés, el gobernador fué más lejos que el marqués Vanni, el cual había suspendido el tormento del preso á fin de no tener en él un enemigo encarnizado : Roberto Brandi proyectó, no sólo captarse la amistad de Nicolino, sino también conquistar su protección, por si acaso triunfaban los patriotas. Y al efecto, empezó, según hemos visto, á sembrar en su corazón, antes que pudiese adivinar el objeto que se proponía, la semilla del reconocimiento, esa semilla que tan raramente florece y que casi nunca llega á producir frutos.

Pero Nicolino Caracciolo, aunque medio francés

por su madre, no tenía la suficiente candidez para atribuir á una simpatía espontánea el repentino cambio que desde la víspera se había operado en la conducta del gobernador.

Sus opiniones respecto á la diplomacia del buen Roberto Brandi acabaron de fijarse cuando la marquesa de San Clemente le notició la catástrofe de Roma y la próxima fuga de la familia real.

Nicolino era hombre de ingenio; según habrán podido conocer nuestros lectores, y determinó sacar el mejor partido posible de las circunstancias, esperando á que Brandi se desembozase poco á poco. Entre los republicanos y el gobernador del castillo de San Telmo podría indudablemente firmarse un pacto que fuese ventajoso para todo el mundo.

Hasta entonces, todas las indirectas habían sido hechas por el buen Roberto, sin que Nicolino se comprometiera en lo más mínimo.

Sin embargo de que las reiteradas instancias de la marquesa de San Clemente por llegar hasta el prisionero, habían desvanecido casi por completo las dudas que éste pudiera tener respecto á su cariño, sea porque todavía le quedasen algunas, sea porque temiese que la espíaran, y por consiguiente comprometerse y comprometerla encargándola de algún mensaje para sus compañeros, lo

cierto es que Nicolino se mantuvo con ella en la mayor reserva, y que no la habló sino de amor durante las dos horas que la joven pasó á su lado.

Después de una entrevista por largo tiempo deseada, los amantes se separan ordinariamente más enamorados que nunca. La marquesa prometió á Nicolino que volvería á verle las noches que no estuviese de servicio en palacio, y Roberto Brandi, á quien interrogaron acerca del asunto, no opuso ningún inconveniente á la realización de este proyecto.

El gobernador sabía que la señora tapada era la marquesa de San Clemente, dama de honor de la reina y una de las que más intimidad tenían con la soberana; y merced á un juego de báscula sumamente sencillo, pensaba apoyarse en la marquesa ó en Nicolino Caracciolo, según que triunfase el partido real ó el republicano.

Ya hemos visto de qué modo se deslizaron los días en inútiles proyectos de resistencia. Nada había cambiado en la posición de Nicolino, si se exceptúan las consideraciones del gobernador, las cuales aumentaban progresivamente. El prisionero tenía pan blanco, le servían un almuerzo compuesto de tres platos y una comida compuesta de cinco, le daban vino de Francia á discreción y le habían concedido

permiso de pasearse dos veces al día por la muralla, exigiéndole palabra de honor de no evadirse.

La situación de Nicolino, sobre todo desde la ausencia del fiscal Vanni, no era tan desesperada que mereciese la pena de arriesgar un salto mortal desde lo alto de los parapetos; así es que empeñó la palabra exigida sin hacerse rogar, y desde entonces pudo pasearse á sus anchas por el castillo.

La marquesa no había despertado en palacio ningunas sospechas, gracias á la indiferencia que manifestaba por el prisionero y á las precauciones que tomaba para ir á verle; y como cumplía religiosamente su palabra, por ella sabía Nicolino Caracciolo todas la noticias de la corte. Conociendo el carácter del rey, el joven patriota no había creído que la resistencia fuese muy obstinada; pero entre siete y ocho de la noche del 21 de Diciembre, esto es, tres horas antes de la fuga de la familia real, supo de un modo cierto á qué atenerse por las indicaciones que le hizo la marquesa, la cual debía formar parte de las personas que acompañaban á Palermo á los augustos fugitivos.

La marquesa no sabía positivamente lo que iba á suceder; mas habiendo recibido orden de hallarse á las diez en punto en los aposentos de la reina, sospechó la resolución que la corte acababa de tomar,

y por lo que pudiera ocurrir fué á despedirse de Nicolino.

La despedida no se efectuó sin algunas lágrimas; llamóse al buen Roberto Brandi, y éste se comprometió á entregar á Nicolino las cartas que le escribiera la marquesa, con tal de que fuesen dirigidas á él, y á transmitir á la San Clemente las epístolas del prisionero, siempre que las pasase por la vista antes de mandarlas á su destino. Arregladas así las cosas, los amantes cambiaron lo más cerca posible algunas palabras cuya desesperación era bastante tranquila para que les diese demasiada inquietud respecto á su futuro dolor.

No hay nada tan hermoso como los amores fáciles y las pasiones razonables. Á la manera de las gaviotas en día de tempestad, no hacen sino mantenerse en la superficie de las olas; y sonriendo á través de sus lágrimas, adoptan la más graciosa postura y se dejan llevar por el viento, como las *Océánidas* de Flaxmán.

El sentimiento de la separación abrió extraordinariamente el apetito á Nicolino. Cenó con tal voracidad, que su carcelero, á quien obligó á beber á la salud de la marquesa, le miraba asustado; mas no por eso dejó de apurar la copa, aunque protestando de la violencia que se le hacía.

Sin duda el pesar había desvelado á Nicolino. Cuando el gobernador entró en su calabozo á las ocho de la mañana, el joven se hallaba sumergido en profundo sueño.

Sin embargo, la noticia que Roberto le traía era bastante grave para que se permitiese despertarle. El gobernador había recibido con orden de fijarlas en los muros de la fortaleza, algunas de las proclamas que anunciaban la fuga del rey — si bien paliándola con la promesa de un próximo regreso, — y el nombramiento del príncipe Piñatelli y del barón Mack, como representantes del poder civil y militar en ausencia del soberano.

Las consideraciones que el gobernador tenía con su prisionero le obligaron á comunicarle antes que á nadie el contenido de aquella proclama.

La noticia era grave en efecto; pero como Nicolino se hallaba preparado á recibirla, se contentó con murmurar:

— ¡Pobre marquesa!

Luego, oyendo el rumor de la lluvia y los silbidos del viento que gemía en los pasadizos, añadió, como Luis XV al ver pasar el cortejo fúnebre de la Pompadour:

— La infeliz va á tener muy mal tiempo en su viaje.

— Tan malo, respondió Roberto Brandi, que los navíos ingleses no han podido salir y se hallaban todavía anclados en el puerto.

— ¿De veras? exclamó Nicolino. Y ¿se puede subir á la muralla á dar un vistazo, aunque todavía no sea la hora del paseo, querido gobernador?

— ¡Sin duda! La gravedad de las circunstancias disculparía mi complacencia, si me la echasen en cara como un crimen. De todos modos, el señor duque tendría la bondad de decir que era él quien lo había exigido.

Nicolino subió á la muralla, y en su calidad de sobrino de un almirante, como él decía, reconoció los pabellones que en el *Van-Guard* y en la *Minerva* indicaban la presencia del rey y del príncipe de Calabria en aquellos buques.

El amabilísimo gobernador, que por un momento se había separado del preso, fue á reunírsele llevándole un excelente catalejo.

Gracias á aquel anteojo, Nicolino pudo seguir todas las peripecias del drama que hemos referido. Vió á la municipalidad y á la magistratura de Nápoles dirigirse á bordo para suplicar al rey que se volviese á la capital, al arzobispo retirarse después de su inútil visita al monarca, y al fiscal Vanni correr en busca de un asilo, del *Van-Guard* á la

*Minerva* y volver desesperado hacia el muelle. Una ó dos veces, le pareció distinguir sobre cubierta á la bella marquesa, levantando los ojos al cielo y enjugando una lágrima. Tan interesante encontraba Nicolino aquel espectáculo, que permaneció todo el día en la muralla con su catalejo en ristre, sin abandonar su observatorio más que para comer de prisa y corriendo.

Al día siguiente, el gobernador fué también el primero que entró en el calabozo. Nada había cambiado desde la víspera, el viento continuaba siendo contrario; los navíos seguían anclados en el puerto.

Por fin, á eso de las tres de la tarde se dió orden de aparejar. Las velas descendieron graciosamente á lo largo de los mástiles, hinchólas el viento, y navíos y fragatas empezaron á moverse hacia alta mar. Nicolino reconoció á bordo del *Van-Guard* á una mujer que hacía señas inequívocas de despedida, y como aquella mujer no podía ser otra que la marquesa de San Clemente, la envió á través del espacio un tierno y último adiós.

En el mismo instante en que la escuadra desaparecía tras el islote de Capri, anunciaron á Nicolino que la comida estaba servida; no habiendo ya nada que pudiera retenerle en lo alto del muro, el joven

se apresuró á descender á su calabozo, á fin de no dar tiempo á que se enfriaran los manjares debidos á la amabilidad del buen Roberto.

Aquella misma noche, inquieto el gobernador por la disposición de ánimo en que pudiera hallarse Nicolino después de las terribles emociones del día, bajó á su calabozo y le encontró dando amorosos besos á una botella de Siracusa.

El prisionero parecía sumamente conmovido: inclinaba la frente sobre la mesa en actitud meditabunda y sus ojos estaban húmedos y brillantes.

Al ver á Roberto, le estrechó la mano melancólicamente, escancióle un vaso de vino y *trincaron* juntos al feliz viaje de S. M.

Y apurando su copa hasta la última gota:

— ¡ Y decir á Dios, exclamó, que Alejandro IV envenenaba á sus convidados con semejante néctar! Menester era que el tal Borgia fuese un bribón de á folio.

En seguida, vencido sin duda por la emoción que le causaba este recuerdo histórico, reclinó la cabeza sobre la mesa y se quedó dormido.

## CAPÍTULO IX

### Lo que esperaba el gobernador del castillo de San Telmo

INÚTIL es que volvamos á reseñar los acontecimientos que hemos visto desarrollarse ante nuestros ojos. Sólo diremos que, gracias al excelente catalajo que le había proporcionado el gobernador, Nicolino presenciaba desde los muros del castillo de San Telmo cuanto ocurría en las calles de Nápoles. Respecto á los hechos de entre bastidores, esto es, á los que no se consumaban al aire libre, el buen Roberto Brandi, que había llegado á ser para su prisionero un verdadero amigo, se los relataba con una fidelidad que hubiera hecho honor al informe de un prefecto de policía.

Así, pues, Nicolino vió desde su observatorio el terrible y magnífico espectáculo del incendio de la escuadra napolitana, supo la celebración del tratado de Sparanisi, asistió á la entrada de los oficiales

franceses que iban á cobrar los dos millones y medio, tuvo noticia al día siguiente de la clase de moneda en que se les había pagado, y por último presenció todas las peripecias que siguieron á la fuga del vicario general, desde la dictadura concedida á Maliterno hasta la palinodia que este personaje cantó vestido de penitente en compañía de Rocca-Romana. Vistos á distancia, como Nicolino los presenciaba, todos aquellos acontecimientos le hubieran parecido bastante confusos: pero las explicaciones del amable gobernador se los aclaraban, desempeñando en aquel laberinto político la misma función que el hilo de Ariadna.

Así llegaron al 20 de Enero, día en que los habitantes del castillo supieron la ruptura definitiva de la tregua, la inútil entrevista del príncipe de Maliterno con el general Championnet, y el movimiento de las tropas francesas que á las seis de la mañana se habían puesto en marcha hacia Nápoles.

Al saber semejante noticia, los *lazzaroni* aullaron de rabia, rompieron toda disciplina y nombraron jefes á Miguel y á Pagliucchela, declarando que no querían obedecer á otros capitanes; actuó continuo, se unieron á los soldados y á los oficiales que habían vuelto de Liorna con el general Naselli y comenzaron á arrastrar algunos cañones hacia Poggioreale,

Capodichino y Capodimonte. Estableciéronse otras baterías en la puerta Capuana, en la Marinella, en el largo delle Pinge, en todos los puntos por los cuales podían intentar los franceses el asalto de Nápoles. Á pesar de los desesperados esfuerzos de Miguel y de Pagliucchella, el pillaje, los incendios y los asesinatos fueron numerosísimos en aquel día de preparativos.

Desde lo alto de los muros de San Telmo, Nicolino presenciaba con terror las crueldades que se cometían en la ciudad. Admirábase de ver que los patriotas no tomaban ninguna medida contra semejantes actos de barbarie, y se preguntaba si la impotencia del comité republicano llegaba hasta el extremo de dejar á los *lazzaroni* dueños de la población, de permanecer impasible ante aquellos desórdenes.

Á cada momento, nuevos clamores se elevaban de la ciudad hasta las alturas en que se halla situada la fortaleza. Torbellinos de humo salían de pronto de alguna manzana de casas, y empujados por el *sirocco*, pasaban como un velo fúnebre entre el castillo y la población. Los asesinatos empezaban en las calles, continuaban en las escaleras de los edificios, y muchas de aquellas sangrientas escenas iban á terminarse sobre las azoteas de los palacios, casi

á tiro de fusil de los centinelas del fuerte. Roberto Brandi vigilaba las puertas y las poternas del castillo, había doblado el número de los hombres de guardia, y dado orden de hacer fuego sobre todo el que se presentase, fuesen republicanos ó *lazzaroni*. Era indudable que el gobernador tenía su plan y que se proponía un objeto desconocido.

Á pesar de la fuga del monarca, la bandera real continuaba flotando sobre los torreones del fuerte.

Aquella bandera alegraba la vista de los *lazzaroni*, y era para ellos prueba evidente de la fidelidad del gobernador.

Nicolino, con su catalejo en ristre, buscaba en vano por las calles de Nápoles algún rostro conocido. Maliterno, según hemos dicho, no había vuelto á la capital, Rocca-Romana permanecía oculto, y Manthonnet, Schipani, Cirillo y Velasco esperaban los acontecimientos.

Á las dos y media se relevaron los centinelas del castillo, relevo que se verificaba de dos en dos horas.

Entonces le pareció á Nicolino que el centinela que se hallaba á su lado le hacía un signo con la cabeza.

El joven fingió no haberlo notado; pero al cabo

de algunos segundos miró de nuevo al centinela.

Esta vez no le quedó ninguna duda; la señal había sido tanto más visible, cuanto que los otros tres soldados que estaban de guardia en aquel sitio, no hacían caso del prisionero y parecían absortos en mirar la ciudad, que devastaban el incendio y el puñal de los *lazzaroni*, y el horizonte de la parte de Capua, por cuyo punto esperaban de un momento á otro ver asomar el ejército francés.

Nicolino se dirigió hacia el faccionario y pasó por delante de él, á una vara de distancia.

— Fijad la atención en vuestro pan cuando comáis hoy, le dijo el centinela.

El joven se estremeció y continuó su paseo.

Su primer pensamiento fué de temor; creyó que querían envenenarle.

Anduvo como unos veinte pasos, y volvió á pasar por delante del centinela.

— ¿Veneno? le preguntó.

— No, un billete.

— ¡Ah! exclamó Nicolino respirando más libremente.

Y se alejó del faccionario sin volver á mirar hacia aquel sitio.

¡ Los republicanos se decidían por fin á obrar! La falta absoluta de iniciativa en el *mezzo ceto* y en

la nobleza es el defecto capital de los napolitanos. Tan propenso como es el pueblo á motines y asonadas, tan enemigas de revoluciones son la clase media y la aristocracia.

Este fenómeno se explica perfectamente; el *mezzo ceto* y la nobleza temen perder en los cambios políticos una parte de lo que poseen; el pueblo, que nada tiene, nada puede perder, y repite el refrán de « á río revuelto ganancia de pescadores. »

Eran las tres de la tarde. Nicolino comía á las cuatro: aquella hora de espera le pareció un siglo.

Después de haber contado los cuartos y las medias que daban los relojes de Nápoles, bajó por fin á su calabozo y encontró su cubierto servido como de costumbre, y su pan sobre la mesa. Examinó éste negligentemente y no vió en él ninguna ruptura; la corteza se hallaba lisa é intacta. Si en efecto había un billete dentro del pan, menester era que le hubiesen metido antes de cocerle.

El prisionero empezó á creer que le habían dado un falso aviso.

Entonces miró al carcelero que le servía la mesa, desde que sus comidas eran más abundantes, esperando de él alguna seña que le animase á partir el pan.

El carcelero permaneció impasible.

Nicolino echó una ojeada á la mesa, buscando algún pretexto para hacerle salir del calabozo. La mesa estaba irrefragablemente servida.

— Amigo mío, dijo al carcelero : estoy algo desganado y desearía una botella de asprino que me abriese el apetito ; el gobernador es tan bueno para mí, que estoy seguro que no me la negará ; ¿ queréis ir á pedírsela ?

El asprino es una especie de rejalgar parecido al que se cosecha en Suresne, cerca de París.

El carcelero salió encogiéndose de hombros, movimiento que indudablemente quería decir :

— ¡ Vaya un antojo ! ¡ pedir vinagre teniendo sobre la mesa Lácrima-Christi y monte Prócida !

Pero como le habían encargado que tuviese con el prisionero las mayores deferencias, se apresuró á obedecer con tal prontitud, que ni siquiera se detuvo á cerrar la puerta del calabozo.

Nicolino le llamó.

— ¿ Qué hay, excelencia ?

— Hay, amigo, mío, que olvidabais echar el cerrojo, y que las puertas abiertas dan malísimas tentaciones á los encarcelados ; conque así, hacedme el favor de cerrarla.

El carcelero, que sabía perfectamente que era

imposible fugarse del castillo de San Telmo, á menos de no bajar por una cuerda como hizo Héctor Caraffa, cerró la puerta, más bien por complacer á Nicolino que por su propia tranquilidad.

Apenas había cesado el ruido de la llave, cuando el joven, seguro de no ser sorprendido, se apresuró á partir el pan.

No le habían engañado : en medio de la miga había un billete en forma de rollo que sin duda habían introducido en la masa antes de meterla en el horno.

Nicolino le abrió con presteza, después de aplicar el oído y de asegurarse de la ausencia de todo rumor.

El billete contenía estas palabras :

« Acostaos en vuestra cama sin desnudaros ; no os inquietéis por el ruido que oigáis entre once y doce ; los que le hagan serán amigos ; por consiguiente, estad preparado á secundarlos. »

— ¡ Diablo ! murmuró Nicolino : hacen bien en prevenirme, porque de otro modo les habría sacudido el polvo en toda regla, creyendo que eran *lazzaronis*. Veamos la posdata.

« Es indispensable que mañana al amanecer ondee la bandera francesa en los muros del castillo de San Telmo. Si nuestra tentativa fracasa, haced cuanto podáis por conseguirlo. El comité pone á vuestra disposición quinientos mil francos. »

Nicolino desgarró el billete en pedazos impalpables que esparció por todo el calabozo.

Acababa apenas de terminar esta operación, cuando la llave rechinó en la cerradura y entró el carcelero con la botella de asprino.

No obstante su delicado paladar y su repugnancia por aquel brebaje, el joven conoció que debía hacer un sacrificio en aras de la patria: llenó su vaso, brindó á la salud del gobernador y se le echó al colete de un solo trago, chasqueando después la lengua con tanta energía como si acabase de beber una copa de chambertín, de chateaulaffite ó de bouzi.

La admiración del carcelero por Nicolino subió de punto: para engullir un vaso de semejante rejalgar sin hacer una mueca, era preciso estar dotado de un valor heroico.

Aquel día, la comida era excelente. Nicolino cumplimentó por ello al gobernador, el cual había ido á verle á los postres, según tenia de costumbre.

— ¡Bah! dijo Roberto Brandi: no es al cocinero á quien hay que dar las gracias, sino al asprino que sin duda os abrió el apetito.

Después de la comida, que ordinariamente prolongaba hasta las cinco y media desde que le habían aumentado el número de platos, el prisionero no acostumbraba subir á la muralla; pero aquel día, excitado por el billete, y no por el asprino, como decía el gobernador, viendo á éste de humor placentero y figurándosele que Nápoles había de ofrecer durante la noche tan curioso espectáculo como había ofrecido por la tarde, se quejó con tal insistencia de pesadez de estómago y de ciertos mareos, que el mismo Roberto Brandi le preguntó si quería subir á respirar el aire libre.

Nicolino se hizo un poco de rogar; luego, por complacer al gobernador, consintió en subir un rato á la muralla.

Nápoles ofrecía aquella noche el mismo espectáculo que durante el día, espectáculo que era mucho más horrible visto á través de las tinieblas. El robo y los asesinatos continuaban á la luz de los hachones, cuya rojiza llama, corriendo entre las sombras, parecía un juego fantástico, infernal, inventado por la muerte. Las inmensas hogueras de los edificios que devoraba el incendio y las espesas

columnas de humo que subían al cielo en gigantescas y negras espirales, hacían que la capital de las Dos Sicilias presentase á los ojos de Nicolino el mismo aspecto que había presentado Roma á los de Nerón mil ochocientos años antes. Si el joven hubiese tenido una lira en que cantar los versos de Horacio y una corona de rosas en la frente, le habría sido cosa fácil creer que era el divino emperador, hijo de Domicio y de Agripina.

Pero Nicolino, que no llevaba á tal extremo el amor de las semejanzas, contemplaba con la rabia en el corazón aquel sangriento espectáculo que no había tenido igual desde la revolución de Masaniello, y mirando de reojo los cañones que erizaban la muralla, sentía no ser el gobernador del castillo para obligar á aquel inmundo y feroz poblacho á refugiarse en el fondo de los albañales.

En aquel momento, sintió una mano que se apoyaba sobre su hombro y oyó una voz que le decía, como si acabase de leer en lo más recóndito de su pensamiento :

— ¿Qué haríais si estuvierais en mi lugar?

Nicolino no tuvo necesidad de volverse para reconocer al que así le hablaba : aquella voz era la del digno Roberto Brandi.

— ¡ Por Cristo bendito ! respondió el joven, ca-

ñonear inmediatamente, en nombre de la humanidad y de la civilización, á esa canalla soez, á ese enjambre de miserables asesinos.

— ¿ Así, sin más ni más, y sin saber lo que podría valerme ó lo que podría costarme cada cañonazo que sobre ellos disparase? Vos decís á fuer de joven y de paladín francés : *¡ Haz lo que debes y venga lo que viniere !*

— Fué el caballero Bayardo quien dijo eso.

— Corriente ; pero yo, que tengo más años y que soy padre de familia, estoy por aquello de *la caridad bien entendida empieza por si mismo*. Esto no lo dijo Bayardo ; lo dice el sentido común.

— Ó el egoísmo, querido gobernador.

— Llamadle hache, querido prisionero ; egoísmo y sentido común allá se andan.

— Pero, en fin, ¿ qué queréis decirme?

— ¿ Yo? ¡ nada absolutamente! que estoy asomado á mi balcón, á donde Dios mediante, no llegará la marea por mucho que suba, y que desde aquí miro y espero.

— Ya veo que estáis mirando ; pero ignoro lo que podéis esperar.

— Pues no es difícil adivinarlo ; espero... lo que espera el gobernador de un castillo inexpugnable ; que le hagan proposiciones.

Nicolino comprendió la indirecta. Las palabras del buen Roberto Brandi eran una apertura; pero, como además de no tener autorización para tratar en nombre de los patriotas, el billete recibido aquella tarde le recomendaba esperar los acontecimientos que habrían de cumplirse entre once y doce, y ayudar en cuanto le fuese posible á llevarlos á cabo, fingió no entender lo que Brandi quería significarle.

Por más ventajoso que fuera para los intereses de la república partenópea, ¿quién le aseguraba de que lo que él tratase con el gobernador de la fortaleza se acordaría con los planes de los republicanos?

Viendo Roberto Brandi que Nicolino guardaba silencio, dió tres ó cuatro vueltas por el recinto recomendando á los centinelas la mayor vigilancia y á los artilleros que velasen al pie de los cañones con la mecha encendida.

## CAPÍTULO X

### En que por fin se ve de qué modo fué izada la bandera francesa en lo alto del castillo de San Telmo

Nicolino escuchó en silencio las órdenes que el gobernador dió en voz alta, sin duda para que llegasen á los oídos de su prisionero.

Aquel redoblamiento de vigilancia no dejó de inquietarle; sin embargo, confiaba en la prudencia y en el valor de los que le habían dado el aviso.

Entonces pudo conocer, claro como la luz del día, que la creciente deferencia y las repetidas atenciones del gobernador no tenían más que un objeto: facilitarle el camino para que le hiciera proposiciones, ó bien predisponer su ánimo á acoger avorablemente las indirectas del buen Roberto, cosa que sin duda hubiera sucedido, si el aviso de los patriotas no hubiese obligado á Nicolino á mantenerse en una prudente reserva.